

Cuentan en Bel Yarnak, en un idioma que no es de la Tierra, que un ser maligno y terrible habitó una vez en ese increíble abismo llamado Golfo Gris de Yarnak. Ni en la tierra, ni en ningún planeta que gire alrededor de una estrella en los cielos que conocemos, está Bel Yarnak; pero más allá de Betelgeuse, más allá de las Estrellas Gigantes, en un mundo verde y alegre aún en su juventud lujuriosa, están las torres y los minaretes de plata de esta ciudad. Los habitantes de Bel Yarnak tampoco son antropoides ni en modo alguno semejantes a hombres; sin embargo, hay fuegos durante las largas y cálidas noches en hogares curiosos, y dondequiera que haya fogatas en este universo, se contarán historias sobre ellos, y habrá oyentes sin aliento para llevar alegría al corazón del narrador de cuentos.

El Sindara gobierna benignamente a Bel Yarnak; sin embargo, en los viejos tiempos, el miedo y la fatalidad yacían como un sudario sobre esta tierra, y en el Golfo Gris de Yarnak un horror inquietante habitaba repugnantemente.

Un extraño encantamiento enfrió los cielos y escondió las lunas triples detrás de un manto oscuro. Porque un ser había venido a saciar su hambre maligna. Los que habitaban en Bel Yarnak lo llamaban el Devorador de Almas.

De ninguna manera podía describirse, porque nadie lo había visto, salvo en circunstancias que excluían la posibilidad de regresar. Sin embargo, en el golfo se hundía, y cuando su hambre se agitaba enviaba una llamada silenciosa, de modo que en la taberna y el templo, junto al fuego y en la oscuridad de la noche, algunos se levantaban lentamente, con la mirada desapasionada de la muerte en sus facciones, y partían de Bel Yarnak hacia el Golfo Gris. Ninguno volvería.

Se decía que la cosa del golfo era mitad demonio y mitad dios, y que las almas de aquellos a quienes mataba le servían eternamente, cumpliendo extrañas misiones en los gélidos páramos entre las estrellas.

Este ser había venido del sol oscuro, dijeron los hidromantes, donde había sido concebido por una alianza impía entre esos Antiguos eternos que se filtran extrañamente entre los universos y un Negro Brillante de origen desconocido. Los nigromantes dijeron otras cosas, pero odiaban a los hidromantes, que eran poderosos entonces, y la lectura de runas estaba generalmente desacreditada. Sin embargo, Sindara escuchó a ambas escuelas de magos y reflexionó sobre su trono de calcedonia, y en ese momento decidió partir voluntariamente hacia el Gran Golfo de Yarnak, que tenía fama de no tener fondo.

Los nigromantes le dieron a Sindara curiosos implementos hechos con los huesos de los muertos, y los hidromantes le dieron tubos de cristal transparentes intrincadamente retorcidos, que serían útiles para luchar contra el Devorador de Almas.

A partir de entonces, los nigromantes y los hidromantes se sentaron en cuclillas en la puerta de la ciudad y aullaron lúgubrementes mientras el Sindara cabalgaba hacia el oeste en su gorlak, ese reptil flotante de forma repugnante. Después de un tiempo, Sindara descartó tanto las armas de los hidromantes como las de los nigromantes, porque era un adorador de Vorvados, como lo había sido cada Sindara en su tiempo. Nadie podría adorar a Vorvados salvo el Sindara de Bel Yarnak, porque tal es el mandato del dios. Y luego Sindara desmontó de su gorlak y rezó fervientemente a Vorvados. Durante un tiempo no hubo respuesta.

Entonces las arenas se agitaron y un remolino y un baile de motas de niebla cegaron a Sindara. Desde la vorágine, el dios habló débilmente, y su voz era como el tintineo de innumerables copas de cristal diminutas.

—Te diriges hacia la perdición —dijo Vorvados siniestramente—. Pero tu hijo duerme en Bel Yarnak, y tendré un adorador cuando desaparezcas. Ve, pues, sin miedo, ya que dios no puede conquistar a dios, sino solo al hombre que lo creó.

Hablando así, crípticamente, Vorvados se retiró, y Sindara, después de reflexionar, continuó su viaje.

Con el tiempo llegó a ese increíble abismo del que los hombres dicen que nació la luna más cercana, y en su borde cayó boca abajo y yació enfermo y temblando, mirando hacia el vacío envuelto por la niebla. Porque un viento frío soplaba desde el golfo y parecía no tener fondo. Asomándose a lo lejos en la distancia, sólo pudo discernir el borde más lejano.

Trepando por las toscas piedras llegó aquel a quien Sindara se había propuesto encontrar; llegó rápidamente, haciendo uso de sus múltiples apéndices para levantarse. Era blanco y velludo y espantoso, pero su cabeza deformada llegaba sólo a la cintura de Sindara, aunque en la circunferencia, sus extremidades como arañas representaban una impactante ilusión de inmensidad. A su paso vinieron las almas que había tomado como suyas; eran un susurro quejumbroso y se agitaba en el aire, bajando en picada, gimiendo y suspirando por el Nirvana perdido.

El Sindara desenvainó su espada y golpeó a su enemigo.

De esa batalla todavía se cantan sagas, ya que rugió a lo largo del borde durante un intervalo de eternidad sin tiempo. Al final, Sindara fue vencido, sangrando y agotado, y su oponente estaba intacto y riendo con repugnancia. Entonces el demonio se preparó

para su comida.

En la mente de Sindara llegó un susurro, la débil llamada de Vorvadoss.

Él dijo:

—Hay muchas clases de carne en los universos y otros compuestos que no son carne. Así se alimenta el Devorador de Almas.

Y le contó a Sindara la manera increíble de esa alimentación, de la fusión de dos seres, de la absorción del menor y de la emergencia de un semidiós aumentado, mientras el alma sin jaula volaba gimiendo en la sombra de esos que sirvió al ser.

En la mente de Sindara llegó el conocimiento y con él una determinación sombría. Abrió los brazos y dio la bienvenida al espantoso abrazo, ya que Vorvadoss también había hablado de la forma en que podría levantarse la condenación.

La cosa saltó a su encuentro, y una intolerable agonía se hundió espantosamente en los huesos y la carne de Sindara; la ciudadela de su ser fue sacudida, y su alma se encogió gritando en su recámara. Allí, en el borde del Golfo Gris de Yarnak, tuvo lugar una fusión monstruosa, una metamorfosis y una mezcla que fue blasfema y horrible más allá de toda imaginación.

Así como una cosa desaparece en las arenas movedizas, el ser y Sindara se fundieron en el cuerpo del otro.

Sin embargo, incluso en esa agonía cegadora, Sindara sintió un dolor más agudo al ver a través de la llanura la belleza de esta tierra sobre la que había gobernado. Pensó que nunca había visto algo tan hermoso como esta tierra verde y alegre, y un dolor en su corazón, una sensación de pérdida y un vacío doloroso que nunca podría ser llenado.

Y apartó la mirada hacia los ojos negros y malvados del Devorador de Almas que estaban a unos centímetros de los suyos, y miró más allá del ser hacia donde el frío vacío yacía gris y horrible. Tenía lágrimas en los ojos y un dolor punzante en el corazón por los minaretes de plata y las torres de Bel Yarnak, que yacían desnudas y hermosos bajo la luz resplandeciente de las lunas triples, porque nunca volvería a ver ese lugar.

Volvió la cabeza de nuevo y, por última vez, quedó cegado por las lágrimas y con su pesado destino a cuestas.

Cuando dio un salto hacia adelante, escuchó un grito desesperado, y luego medio-dios y hombre giraron vertiginosamente hacia abajo, viendo el precipicio que se precipitaba a su lado. Pues Vorvadoss había dicho que así, y solo así, se podía levantar

el hechizo.

Y la pared del acantilado se curvó hacia adentro a medida que descendía, de modo que al poco tiempo retrocedió en la tenue neblina gris, y el Sindara cayó en una niebla vacía y en una inquebrantable oscuridad.